

## AL DR. MANUEL URIBE ANGEL

Cumplida tu misión en este mundo  
 Nos dejas cual munífico legado  
 Tu nombre bendecido y alabado  
 Con amor y el respeto más profundo.

Eximio sabio y médico profundo,  
 Fuiste por el Eterno destinado  
 A prodigar el bien, y al desdichado  
 Consuelo dar, y alivio al moribundo.

Hoy, al hundirte en el obscuro ocaso,  
 Serán tus obras la inmortal semilla  
 Que á la Patria honrarán y á tu memoria;

Feliz quien, como tú, deja á su paso  
 Un recuerdo querido y sin mancilla,  
 Que será nuestro orgullo y nuestra gloria.

M. A. BALCÁZAR.

Junio de 1904.

## EL ANCIANO BLANCO

Envigado, por conducto del Concejo y del Jefe Municipal, en solicitud premiosa, me hizo el honor de exigirme que fuese el representante de la tierra nativa del DR. MANUEL URIBE ANGEL, en las exequias del llorado anciano.

No hablé en ellas porque temí que el estrépito oratorio pudiese turbar lo austero de la muerte.

Cumplo ahora la comisión, trayendo á LA MISCELÁNEA—el periódico favorito del DR. URIBE ANGEL—el mensaje que le envía su pueblo, el mensaje del dolor por la muerte del más ilustre de sus hijos contemporáneos. Este es para Envigado un duelo de familia, y no puede menos que hacerse oír en las horas fúnebres en que llora la muerte de su Jefe.

Cada ramo del saber, cada fibra del amor, pierden algo en la desaparición del DR. URIBE ANGEL. Colombia y Antioquia sienten orfandad en ella, porque han quedado sin el obrero que en muchas de sus necesidades las servía, y en muchos de sus infortunios las consolaba; pero su pueblo natal lo pierde todo!

El DR. URIBE ANGEL y la tierra de su nacimiento, se amaron, se compenetraron: el hombre le dio su inteligencia y su energía; le consagró desvelos, le prodigó conocimientos, perfeccionó su hermosura; contó sus primorosas tradiciones, la virtud y gallardía de sus mujeres y las grandezas de sus hombres grandes. En esa tierra recogió la primera y la última luz que llegaron á sus pupilas, y cuando la noche fue en éstas—noche larga que apenas acaba de amanecer en el Cielo—quedaron prisioneros entre los ojos apagados los rayos de los días tórridos y los crepúsculos incomparables del horizonte nativo.

La tierra, en cambio, dio al hombre cuanto darle podía: gérmenes de vida que modelaron el cuerpo para las formas de la estatua;

ambiente de luz y de colores que ayudaron al perfeccionamiento del ánimo apacible; y le dio el amor, amor sin límites, que no le fue esquivo en vida y que hará perdurar la memoria del muerto en las generaciones del porvenir: pasarán muchos años, tal vez siglos, en que los párvulos de esa tierra aprendan á un mismo tiempo los nombres de CRISTO y del DR. URIBE ANGEL, enseñados por las madres creyentes y por los corazones gratos.

Muchas son las fases de luz con que la tierra puede mostrar al hombre, para enaltecerlo y enseñarlo como ejemplo; la que veo como más deslumbradora y docente es la benevolencia: él no se atedió con el amargor de las pasiones ni maleó su alma con la áspera acritud del odio. Lo amó todo, desde lo más amable, Dios, la familia, la niñez y la juventud, hasta lo más difícil de amar: á sus enemigos, que los tuvo arteros, y á sus penas, que las tuvo crueles.

En la filosofía del DR. URIBE ANGEL, sencilla y sin repliegues, y en su cristianismo desinteresado y de patriarca, jamás penetró la máxima de que el mal se reprime con el mal; á los asaltos de las pasiones ajenas y de las suyas, opuso la benevolencia, más fuerte que ellas y que le dio la victoria; al empuje de la sangre y de doctrinas que aguijaban su combatividad, enfrentó la tolerancia que lo sostuvo en vida y que lo ha dejado morir tranquilo, como un héroe del amor.

Al recordar los últimos años del DR. URIBE ANGEL y contemplar sus cabellos albos, albos; nívea, muy nívea la barba; las mejillas blanquísimas; cándida, inmaculada el alma, y el corazón como vestido siempre de primera comunión, cree uno que puede entrar á la posteridad con el nombre de EL ANCIANO BLANCO.

Hago la paráfrasis de un pensamiento del DR. URIBE ANGEL para decir: Cuando en Colombia queramos tener los hombres de Plutarco, no busquemos el burdo cañamazo con que se forman los advenedizos adocenados; busquemos la tela finísima con que se tejieron el alma y el corazón de aquel anciano.

Finco en mis creencias para consolarme de esta muerte, que con razones tantas lamentamos, pensando que el espíritu del DR. URIBE ANGEL sigue velando por la Patria, con su bondad y con su amor de siempre, acendrados por el filtro de lo eterno. Dios escuchará las súplicas conciliatorias de aquel espíritu: le oirá mucho, porque amó mucho.

Justo es hablar de concordia en el recuerdo de quien vivió predicándola; cuando se hace en nombre de un pueblo que la pregona por el trabajo, y cuando una vida de benevolencia acaba de cerrarse con una muerte de paz.

Ningún homenaje conviene más á la muerte que la prez de la concordia; lo advirtió el poeta Ricardo Gil, de quien Balart pudo decir "que hasta el silencio cauta en sus estrofas". Como la ofrenda más cara á mi alma y más digna del pueblo en cuyo nombre la tributo, pongo esta estrofa del poeta sobre la tumba del ANCIANO BLANCO:

"Frasas de melancólico misterio  
Llenan del apacible cementerio  
El silencio tenaz:

Promesa dulce de futura suerte,  
El eterno silencio de la muerte  
Es un himno á la paz!"

Medellín, Junio-1904.

CARLOS E. RESTREPO.

### ELEGIACO

En la muerte del Dr.  
MANUEL URIBE ANGEL.

Cual caballero de legión triunfante  
y gloriosa, con alma convencida,  
caíste al fin, viajero de la vida,  
al ritmo de tu pecho palpitante.

Y era muy tarde yá, viejo viandante ....!  
La dulce savia del vivir querida,  
se escapó silenciosa por la herida  
que te abriera la Muerte, en breve instante ....

Y abandonando la insegura tienda,  
¡ buen viajero ! te fuiste por la senda  
de lo inmortal.... En actitud gallarda

y con mudez serena y elocuente,  
se fue esfumando tu nevada frente  
bajo las sombras de la noche parda....

ABEL MARÍN.

Medellín, Junio de 1904.

### ENTRE DOS CIGARROS

A Luis Eduardo Villegas.

Hace algunos años venía yo de Sabaneta una mañana, y al salir de Envigado para acá y pasar frente á la quinta que á la vera del camino poseía entonces allí el Sr. Dr. Manuel Uribe Angel, eché hacia ella la mirada cariñosa con que de mucho tiempo atrás saludo—como tantos otros—la casa donde vivió aquel grande y buen amigo mío; grande y buen amigo en el sentido noble y recto que esta frase debió de tener antes de que la etiqueta internacional y la Diplomacia la adoptasen para encauzamiento de sus misivas embusteras y falaces. Miré, decía, á la casa del Dr. Uribe Angel, y como advirtiése que estaba él allí, me dirigí á saludarle. Acogióme—cual siempre lo hizo—con más que amistoso, paternal afecto, y tras el saludo me interrogó:

—A Medellín ?

—A Medellín, Doctor, le contesté. Puede Ud. dar sus órdenes.

—Gracias, hijo, pero nada ordeno porque también estoy de viaje para allá ; como que pienso acompañar á Ud.